



Entrevista a Ernesto Laclau**

Interview with Ernesto Laclau

Licenciado en Historia por la UBA y Doctor de la Universidad de Essex (Inglaterra), donde se desempeñó como profesor de Teoría Política y dirigió el Programa de Ideología y Análisis del Discurso. Desde 2006 fue profesor distinguido de Humanidades y estudios retóricos en la Universidad de Nothwestern, y Director honoris del Centro de Estudios del Discurso y las Identidades Sociopolíticas en la UNSAM.

"El kirchnerismo es, en muchos sentidos, un posperonismo."

Por Gregorio Dolce*

Fecha de Recepción: 15 de abril de 2014.

Fecha de Aceptación: 04 de julio de 2014.

** Esta entrevista es producto de un reportaje realizado el 11 de noviembre de 2012 que ha sido publicada en el siguiente libro: Bernardo, H.; Dolce, G. (2013). Bisagra K. El kirchnerismo en el contexto latinoamericano. Buenos Aires: Editorial Acercándonos.

*Gregorio Dolce es Licenciado en Comunicación Social por la Universidad Nacional de La Plata (FPyCS-UNLP), becario de la UNLP (FaHCE-IdIHCS-CISH) y doctorando en Ciencias Sociales (FaHCE-UNLP). Asimismo, se desempeña como docente en la Asignatura de grado Historia Contemporánea de América Latina (FPyCS-UNLP) y es miembro del proyecto de investigación "Límites de la democracia formal y prácticas políticas de su radicalización en América Latina: 1930-2010" dirigido por María Teresa Bonet, doctora en Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Correo electrónico: gregoriadolce@gmail.com

Gregorio Dolce: -¿Qué evaluación puede hacer del conjunto de gobiernos latinoamericanos actuales?

Ernesto Laclau: -Hay una división fundamental entre aquellos que se han lanzado hacia un proceso de cambio en una dirección nacional muy popular y los que siguen atados al pasado. Es decir, a una política de dependencia con los Estados Unidos. Entre estos últimos ubico a Colombia, México, Chile. Uruguay es un caso más complicado porque ahora con José Mujica están habiendo avances en una dirección progresista. Hay que ir consolidando una unidad regional con la incorporación de Venezuela ahora al MERCOSUR (Mercado Común del Sur) el proyecto ha dado un paso gigantesco hacia adelante. Junto con Venezuela y Brasil, el MERCOSUR va a ser uno de los grandes espacios internacionales de actividad económica.

G. D.: -¿De qué manera se relacionan estos gobiernos con el argentino?

E. L.: -La Argentina es parte de este proyecto y es uno de los gobiernos más progresivos de la región en varias direcciones. Por un lado, puede evidenciarse la ruptura con el FMI (Fondo Monetario Internacional) que ha sido una de las más radicales; en término de derechos humanos ha roto con el pasado dictatorial. Por ejemplo, en Chile la transición fue mucho más tenue, mientras que en la Argentina el corte fue más drástico. En términos de medidas económicas se encuentran la nacionalización de las jubilaciones, la nacionalización del petróleo, la Asignación Universal por Hijo, lo que implica una política de redistribución del ingreso. Por ende, la Argentina está en el frente de los países que están empezando un camino nuevo. También están Bolivia, Ecuador -con su revolución ciudadana- y Venezuela.

G. D.: -¿Qué características son las que, según su perspectiva, definen al kirchnerismo?

E. L.: -No sé si se puede definir un fenómeno político tan complejo. El kirchnerismo viene de la tradición peronista, pero en la tradición peronista vino de todo: vino López Rega pero también Néstor Kirchner. O sea que el kirchnerismo es, en muchos sentidos, un posperonismo. *Pos* en el sentido no de romper con el pasado peronista que no lo está haciendo, sino en el sentido de que está prolongando algunas cuestiones que estaban licuadas.

G. D.: -¿Si tuviera que definir al kirchnerismo dentro del escenario latinoamericano, cómo lo haría: lo identificaría como un gobierno de nueva izquierda, populista, ambos o de alguna otra manera? ¿Y qué entiende usted por la caracterización que sugiere?

E. L.: -Diría que el kirchnerismo es la verdadera izquierda en la Argentina. Hay grupúsculos que van en otras direcciones y muchos de ellos se están aliando con la derecha, pero el kirchnerismo representa la izquierda real y posible. Y ahí se está creando una matriz a través de la cual se puede pensar en la implementación de un cambio. Es un populismo de izquierda en el sentido de que los actores del cambio que se están impulsando no son ya sectores sociales tan precisos como la clase obrera del pasado, sino que son una amalgama de distintas fracciones y grupos. Hay que pensar que históricamente el marxismo fue una teoría acerca de la homogenización creciente de la sociedad. La tesis sociológica básica era que iba a haber una tipificación creciente de la estructura social bajo el capitalismo, las clases medias y el campesinado iban a desaparecer y, entonces, habría solamente una masa proletaria

homogénea que se iba a enfrentar con la burguesía capitalista. Ahora, en lugar de avanzar hacia una mayor homogeneidad, la historia avanzó en dirección de una heterogeneidad creciente. Entonces, en momentos de esa heterogeneidad, la articulación política de elementos disímiles empieza a ocupar un lugar cada vez más central. Creo que con Antonio Gramsci hubo un cambio de paradigma dentro del marxismo que comenzó a implementarse y en un mundo globalizado hemos avanzado en esa dirección. El kirchnerismo es una expresión de ese mundo en descomposición y recomposición, y de alguna manera el futuro del kirchnerismo depende de poder entender esa heterogeneidad en todo su potencial radical.

G. D.: -¿Qué entiende por *populismo de izquierda*?

E. L.: -El populismo no es una ideología ni un concepto peyorativo. Es una forma de construcción de lo político que puede obedecer a las ideologías más diferentes. ¿Cuál es la forma de construcción de lo político? Interpretar a los de abajo pasando por encima del sistema institucional para oponerse al poder existente. Eso lo hizo el fascismo, pero también el maoísmo. Por ende, el populismo en sí mismo no es ni bueno ni malo, puede avanzar en las direcciones más diversas. Ahora, lo que sí es seguro, es que sin la interpelación de los de abajo frente a un sistema institucional esclerosado no hay posibilidad de política radical. El populismo no siempre es progresivo, puede haber un populismo de derecha, pero una política de izquierda sin populismo es impensable. Por ejemplo, si uno compara el populismo kirchnerista con el chavista, se puede ver que en la Argentina tenemos una sociedad civil mucho más estructurada que en Venezuela. En Venezuela la interpelación es más directa, de base. En la Argentina es una política más compleja y articularia. Entonces el populismo se va filtrando a través de mecanismos institucionales más complicados. Si uno piensa en el populismo histórico en la Argentina, el peronismo, ahí era relativamente fácil la tarea de Juan Domingo Perón porque él estaba interpelando una clase obrera homogénea, donde los tres grandes centros (Rosario, Córdoba y Buenos Aires) constituían un mundo relativamente uniforme, y Perón iba construyendo la base de su movimiento. Por ejemplo en Brasil, en el mismo período, la cosa era más compleja porque es un país mucho más regionalizado y Getúlio Vargas tenía que ser articulador de sectores sociales muy disímiles y no podía tener el discurso directo que tenía Perón. Hoy día, en la Argentina, hay que constituir un pueblo a través de métodos más complejos y es lo que el kirchnerismo está intentando hacer. Si uno compara con Venezuela, Hugo Chávez se encontraba con una sociedad civil completamente desarticulada y entonces envía las misiones y otras formas de poder local, con ello intentaba construir una base nueva pero el momento del poder central era decisivo. En la Argentina, Cristina Fernández se enfrenta con la tarea de tener que constituir un movimiento radical en el contexto de una sociedad civil más estructurada, y eso es más complicado.

G. D.: -¿Observa algún tipo de relación entre el kirchnerismo y el primer peronismo?

E. L.: -La divisoria del '45 fue decisiva en la Argentina. Por un lado, estaba lo nacional-popular y, por otro lado, estaba la tradición nacional. Esa división en el imaginario político no ha desaparecido.

G. D.: -En cuanto a la idea de dicotomización del espacio social, ¿cómo la analiza en la Argentina?

E. L.: -No creo que aún exista una sociedad definitivamente dicotómica en la Argentina, pero evidentemente estamos avanzando hacia eso. Y eso no me parece necesariamente malo, porque cuando se empieza a diluir la frontera entre la izquierda y la derecha se genera una suerte de pensamiento único que no responde a ninguna posibilidad de cambio. En Europa es un desastre lo que está ocurriendo: entre

la socialdemocracia y los partidos conservadores prácticamente no hay ninguna diferencia. La política económica que llevó adelante el laborismo inglés, durante los 10 años que estuvo en el poder, no era demasiado diferente del neoliberalismo que lo precedió. Me acuerdo que el recientemente fallecido Eric Hobsbawm decía que el "blairismo" había sido simplemente un "thatcherismo con pantalones". Hoy día empiezan a haber algunas alternativas. En Grecia hay una izquierda que podría llegar a gobernar. En España es un poco más difícil porque "los indignados" tienen un discurso de protesta pero no de construcción de poder alternativo. Hay síntomas de posibles cambios, pero no hay procesos de cambios radicales como los que se están dando en América Latina.

G. D.: -¿Qué tipo de Estado construye el kirchnerismo?

E. L.: -El kirchnerismo está construyendo una serie de frentes políticos que todavía no han convergido en un proyecto de Estado totalmente alternativo y coherente, pero se está avanzando en el frente de los derechos humanos, la política económica, la distribución del ingreso, pero eso tiene que ir plasmándose. Es absolutamente importante la reforma constitucional si puede llegar a impulsarse, porque la Constitución que tenemos es neoliberal. La Constitución más progresiva que tuvimos fue la de 1949, que había nacionalizado las fuentes de energía, había establecido el control social de la propiedad y otros principios básicos elementales. He dicho, en reiteradas ocasiones, que las instituciones no son nunca neutrales, sino que son una cristalización de las relaciones de fuerza entre grupos. Y un proyecto de cambio que trata de alterar las relaciones de fuerza necesariamente va a tener que chocar con el orden institucional vigente. Y la primera forma de modificar el orden vigente es la reforma constitucional.

G. D.: -¿El kirchnerismo es la última etapa de algo viejo o el comienzo de lo nuevo?

E. L.: -El kirchnerismo empieza, es un comienzo. Es un intento de posperonismo. Es decir, el peronismo tenía resabios ideológicos de todo tipo de doctrinas: había elementos autoritarios también, pero el peronismo se desarrolló más allá de sus límites. Y el kirchnerismo representa un momento más alto de eso. Hoy ya nadie piensa en términos de las confrontaciones ideológicas que dominaron el tiempo peronista. Aunque como decía el título de aquella película argentina, siempre las aguas bajan turbias. El kirchnerismo brota del peronismo, por ende, no puede ser un movimiento prístino que empieza a crear desde el vamos. Se están creando organizaciones nuevas como Unidos y Organizados que van a representar la tendencia fundamental del cambio, pero elementos del pasado van a estar presentes y, ahí en sentido gramsciano, habrá que ver la guerra de posiciones y ver cómo la relación entre distintos grupos se va plasmando.

G. D.: -Habló de algunas virtudes. Si tuviera que marcar falencias, ¿cuáles indicaría?

E. L.: -Hay ciertos aspectos en los que no se ha avanzado demasiado. Creo que la legalización del aborto es un tema en el cual no se ha avanzado lo suficiente, y Cristina Fernández es un poco renuente a entrar en ese tipo de política. Y algunos aspectos particulares que uno podría ir señalando, pero la línea general del proceso es correcta. Y la política económica es lo que mejor funciona. Hay una buena política de expansión de la demanda, pero lo que es necesario hacer es una política de diversificación de la producción más agresiva que lo que se ha hecho hasta ahora. No puede ser que se hayan aplicado políticas sociales redistributivas, pero que todo dependa del precio de la soja. Es necesario que los altos precios de los productos agropecuarios lleven a una diversificación productiva, pero eso no es algo que se hace en dos días, requiere una mayor planificación.